cfp 30-31 William Dewsbury 1655 el Reino de Cristo adentro

William Dewsbury (1621-1688) fue aprendiz de un fabricante de tela mientras joven. Fue uno de los más dulces y más sabios entre los cuáqueros primitivos. Pasó gran parte de su vida encarcelado. Su fe impertérrita y su espíritu reconciliador contribuyeron mucho al movimiento cuáquero.

30 — 1655

Unos ocho años después de mi nacimiento natural, la Palabra del Señor me vino y dijo, "para gloria mía te he creado;[1] me tienes que rendir cuentas por todas las palabras y acciones que haces mientras estás en el cuerpo." Tal palabra iluminó mi corazón y abrió el libro de la conciencia en mí…. Entonces dejé mi vana conducta … y empecé a leer libros y las Escrituras, y oraba y añoraba a un Dios que yo no sabía donde estaba.[2] … Me dijeron que estaba más allá de las nubes, en un lugar llamado Cielo, pero yo sentía la mano del Señor en mi interior juzgando el mal en mí, y dondequiera que lo buscaba en ceremonias, ahí la espada encendida se revolvía para guardar el camino del árbol de la vida[3] y para ejecutar el recto juicio de Dios en mí.

Entonces le plugo al Señor mandar a mis parientes encargarme el cuidado de las ovejas donde yo quedé muy retirado de compañía y así mi mente continuó con esa triste condición en la que mi mejor consuelo era añorar a un Dios que no conocía…. No podía sentir paz ninguna en la adoración de Dios establecida por el mundo, como por ejemplo recibir el pan y el vino que me dijeron eran los sellos del pacto…. Un gran temor se apoderó de mi alma … y me hizo pensar en la condición de Judas, hasta que por fin se reveló que el sello del pacto era el Espíritu de Cristo, no ningún elemento exterior, que el cuerpo y la sangre de Cristo era la

[1] Isaías 43:7
[2] Tratamos de reproducir la manera de expresarse de Dewsbury a veces carente de corrección sintáctica. Si la versión en español saliera fácil de leer y correcta, el lector no estaría teniendo una experiencia comparable a leer Dewsbury en inglés.
[3] Génesis 3:24

Cena que el mundo no conoce y tampoco yo en ese tiempo. Entonces no me atrevía a seguir participando en su práctica de cantar sobre la condición de David, lo que llamaban Salmos, porque la luz de mi conciencia me hizo ver lo malo de mi corazón, que yo no estaba en la condición de David.

Se hablaba mucho de Dios, pero no conocí a ninguno que me podía decir lo que Dios había hecho por sus almas, redimiéndolos del cuerpo de pecado bajo el que yo gemía y me separaba de la presencia de Dios.

Por ese tiempo comenzaron las guerras en esta nación, y los hombres llamados ministros gritaban, "Maldecid a Meroz, porque no vinieron al socorro del Señor contra los fuertes."[4] Estuve dispuesto de dar mi cuerpo a la muerte en obediencia a mi Dios para librar mi alma de pecado; me junté con ese pequeño remanente que decían que peleaban por el evangelio, pero entre ellos no encontré ningún descanso para mi alma. Y la palabra del Señor me vino y dijo, "Vuelve tu espada a su vaina; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían,"[5] palabra que iluminó mi corazón, y me reveló el misterio de la iniquidad,[6] y que el Reino de Cristo está adentro, y los enemigos están adentro y son espirituales, y mis armas contra ellos tienen que ser espirituales, el poder de Dios.

Entonces ya no podía pelear más con armas carnales contra un hombre carnal. Volví a mi oficio exterior, y mi voluntad fue sometida a que el Señor hiciera conmigo según su voluntad — si me condenaba, lo podía hacer; si me salvaba, era su amor de balde. En esta condición condenada yo yacía llorando en honda miseria. Grande fue el llanto de mi alma condenada, y no podía ser satisfecho, sino que con gran sed anhelaba a Cristo para que me salvara de balde por su sangre, o yo perecía para siempre. En esta condición de condena esperaba la venida de Cristo Jesús, quien, en el momento determinado por el padre, se reveló a mi alma como el relámpago que sale del oriente hasta el occidente.[7] Mi alma muerta oyó su voz, y su voz la hizo vivir, y creó en mí una esperanza viva, y me selló en el pacto eterno con

---

[4] Jueces 5:23
[5] Mateo 26:52, Juan 18:36
[6] 2 Tesalonicenses 2:7
[7] Mateo 24:27

su sangre. Entonces fui testigo de la paga del pecado y de la muerte, y la dádiva de la vida eterna en Dios, por Jesucristo mi Señor.[8]

31 — 1688
una semana antes de partir de esta vida:

Esto puedo decir, que nunca después fui cobarde, sino que entré en las cárceles con alegría como si fueran palacios, diciendo a mis enemigos que me retuvieran ahí mientras pudieran. En la cárcel cantaba alabanzas a mi Dios, y apreciaba como joyas los grillos y candados que me ponían, y en el Nombre del Dios eterno siempre logré la victoria, porque no me podían retener ahí más tiempo de lo que mi Dios determinaba.

Si alguien ha recibido algún beneficio o provecho por medio de esta vasija llamada William Dewsbury, a Dios sea la gloria; no acepto ninguna, no acepto ninguna, no acepto ninguna.

[8] Romanos 6:23